



HISTORIA DE LA CIVILIZACION DE ARAUCANÍA



(Continuacion)

Tales fueron los incidentes del famoso desastre de Curalava, que, al divulgarse con demasiada prontitud por los indios amigos escapados de la matanza, produjo honda sensacion en todo el reino. Todas las ciudades i plazas fuertes del sur se apercebieron para resistir el levantamiento jeneral que debia sobrevenir. Las mas septentrionales contaban con elementos suficientes para contener la primera arremetida de los indios: en Chillan habia cuarenta hombres, dos cañones de hierro i veintidos arcabuces; en Concepcion, ochenta hombres, cinco cañones pequeños i setenta i dos armas de fuego; en Angol, ciento nueve hombres, ochenta i dos armas de fuego, dos cañones i veinte lanzas; en Santa Cruz, cien hombres i ochenta armas de fuego; en Arauco, noventa soldados, trece cañones pequeños i setenta armas de fuego. En las poblaciones australes la guarnicion era tanto o mas numerosa que las anteriores, i en éstas i en aquéllas podia avituallarse la tropa de sobra; porque en los campos circunvecinos a los pueblos, las siembras de cereales i papas i la cria de animales vacunos i de lana habian aumentado extraordinariamente.

Dos factores obraban contra los españoles para esta defensa

del primer momento: la escasez de pólvora i plomo i la mala calidad de una parte de los soldados, que, como criollos traídos del Perú poco ménos que a la fuerza, carecian de la subordinacion i del valor heróico de los guerreros de oríjen peninsular.

Cuando se tuvo conocimiento en Santiago de la sorpresa, el cabildo i el vecindario reconocieron como gobernador interino al segundo de Oñez de Loyola en el mando, licenciado Pedro de Viscarra, hombre anciano que residia en Chile desde 1590 i que, como muchos letrados que venian a América, ejercia las funciones propias de su oficio i las militares que circunstancias especiales solian exijir.

Contra lo comun en su edad avanzada, desplegó una actividad digna de encomio. Dictó diversas medidas de carácter administrativo, entre otras las de dar nuevas encomiendas a sus allegados i remover algunos funcionarios; tomó algunas providencias sobre la organizacion del ejército, pidió al vecindario de Santiago un auxilio de tropas, el cual concurrió con la exigua cantidad de setenta soldados; despachó un comisionado a las ciudades i fuertes del sur a estudiar el estado de las guarniciones i por último salió él mismo el 12 de febrero para Concepcion, adonde llegó el 22 de enero al frente del escaso refuerzo que habia conseguido movilizar. Coincidió con la llegada del gobernador a esta plaza, el arribo al puerto de un buque cargado con jéneros, vestuarios, cien botijas de pólvora, cincuenta quintales de plomo i otros materiales de guerra.

Desde la sorpresa de Curalava los indios se preparaban i movian sus emisarios en todas direcciones. Los que amagaban la poblacion de Angol se acercaron el 16 de enero de 1599 al fuerte inmediato de Longotoro, cuya guarnicion se vió precisada a replegarse a la ciudad despues de un combate en que perdió dos hombres. Por estos mismos dias embistieron el pueblo de San Felipe de Arauco, i su jefe, el capitan Miguel de Silva, tuvo que abandonar las casas para encerrarse en la fortaleza, resistir desde aquí i esperar los socorros que le llegaron por el mar.

En el mes de febrero todo el territorio araucano se hallaba en plena sublevacion. El *toqui* Pelantaro enderezó contra la ciudad de Santa Cruz un cuerpo de mil doscientos guerreros.

Los vecinos de esta poblacion habian sacado de una encomienda cercana a Chillan al viejo jeneral Juan Jufre, para que tomara la defensa de la plaza. Práctico en los juegos de estas luchas, el veterano lo esperó todo de una sorpresa, i en efecto, el 7 de febrero salió con cincuenta lanzas i doscientos indios amigos i cayó sobre los desprevenidos guerreros del héroe de Curalava. Al principio la carniceria fué tremenda, pero tan poca jente no bastaba ni para esterminar siquiera a tanto bárbaro: tuvo que retroceder Jufre, lamentar la baja de dos individuos muertos i otros heridos i adquirir el convencimiento de que los tercios castellanos carecian del lejendario empuje de otros tiempos.

En Arauco la pelea continuaba con teson i valor de una i otra parte: detenidos los indios por el fuego de los arcabuces i cañones del fuerte, armaron cerca trincheras i palizadas. Los españoles hacian frecuentes salidas de sus fortificaciones, ya para ofender al enemigo, ya para proveerse de forraje para sus cabalgaduras. En una de estas escursiones, el capitán Luis de Urbaneja se apartó en esploracion hasta Carampangue al mando de cuarenta jinetes. Los araucanos, con su habilidad de siempre, se iban ocultando para dejarlo retirarse la mayor distancia posible; pero cuando lo vieron en un lugar conveniente para una sorpresa, le cerraron el paso i lo envolvieron. Urbaneja i los suyos se batieron admirablemente i, rompiendo el cerco de bárbaros, huyeron en tropel al fuerte. Mas, en la refriega alcanzaron a caer el jefe de la partida i ocho de sus hombres.

En Angol continuaban los choques de los combatientes con no ménos encarnizamiento. Los indios que amagaban la ciudad no habian podido aproximarse mucho a ella, ametrallados por el incesante fuego de los torreones. Dedicáronse entónces a debastar la comarca vecina, arrasando los edificios de las estancias, robando los animales i asolando las plantaciones, especialmente los viñedos, que habian adquirido un gran desarrollo. Espiaban los menores movimientos de los sitiados para atacarlos o sorprenderlos. Un dia, el 23 de febrero, salió de la ciudad un destacamento de diez hombres i algunos indios auxiliares a buscar forraje al valle inmediato de Malven. Cuando los yanaconas segaban el pasto i los soldados hacian pacer sus caballos sin imaginarse que estaban asechados bien de cerca, se

presenta Pelantaro con su hueste de pureninos i sorprende a los indios de servicio, miéntras que los españoles huyen de a pié a refugiarse a una casa contigua. El capitán Francisco Hernández Ortiz, que pronto sabe lo sucedido, sale de Angol a proteger al grupo atacado con treinta jinetes. Choca con el cuerpo indígena i, aunque protege la retirada de los sorprendidos, retrocede a la poblacion empujado por una masa compacta de bárbaros i con pérdida de cuatro hombres.

Un fortín que habia en un paraje distante dos leguas de Angol, llamado Molchen, cayó en manos de los indios encargados de proveerlo de leña; después de tomarlo por sorpresa, lo quemaron i dieron muerte a unos cuantos soldados que lo guardaban.

Embravecidas todas las indíadas en armas, cebadas con el botín recojido, dirijieron sus lanzas contra la ciudad, el 20 de marzo. Los castellanos, prevenidos para el ataque, resistieron las primeras cargas i hasta salieron de sus reductos i defensas i tomaron la ofensiva, alejaron a los asaltantes i les hicieron numerosas bajas. Esta derrota los anonadó momentáneamente, pero luego reaparecieron en no menor cantidad i con no menos bríos.

Desde el desastre de Curalava los indígenas de las zonas del Imperial i Cautín, Tolten i Valdivia no habian permanecido indiferentes al movimiento jeneral de rebelion. Las tribus de la primera, entre las que los trabajos de colonizacion estaban mas adelantados, se amotinaron encabezadas por Anganamón. Los indios guerreros i los sometidos se concretaron durante algunas semanas a destruir i saquear las casas de las encomiendas, las barracas de los lavaderos, las iglesias, molinos i cultivos. A fines de enero se presentaron delante de la ciudad de Imperial.

Aquí, como en todas las demas poblaciones i fuertes, los españoles se habian encerrado en los cuarteles, reductos i edificios sólidos i tomado medidas de seguridad que llamaron la atención de los indios comarcanos. Mandaba esta plaza militar el capitán Andrés Valiente. Al saber la muerte del gobernador Oñez de Loyola, llamó al servicio a todos los hombres en estado de cargar las armas; ciento cincuenta individuos de caballe-

ría i cuarenta i tres infantes quedaron listos para la defensa. A las mujeres, los niños i los enfermos los colocó en casas sólidas, sobre todo en la episcopal, que era de piedra i por muerte del obispo Cisneros se hallaba inhabitada. Finalmente cerró las calles principales con trincheras, convirtió algunos edificios en fortines i acopió la mayor cantidad posible de bastimentos.

El rico i caracterizado encomendero Pedro Olmos de Aguilera, movido acaso por el interes de salvar sus estancias o vengar su destruccion, consiguió que Valiente lo dejara ejecutar una salida con cuarenta jinetes. Léjos de la ciudad mas de lo que la prudencia aconsejaba, saliéronle los bárbaros al encuentro, rodearon su escuadron, le mataron siete hombres, él mismo cayó en la refriega i el resto de la jente entró precipitada i deshecha a las calles de la Imperial, cuyos habitantes se sobrecojieron de espanto en presencia de un suceso tan inesperado.

Este no fué el único fracaso de las armas españolas. Desde la confluencia de los rios Cautin i Quepe, no distante de la antigua ciudad de Imperial, hasta la altura de Temuco, se abre un espacio de terrenos de suaves ondulaciones, despejado en su mayor parte i cubierto a trechos por bosques no mui espesos. Esta comarca, que hasta hoi se conoce con el nombre de Maquehua, estaba habitada por una densa poblacion indijena, cuyos restos subsisten hasta el presente. Perteneció primero a la encomienda de Francisco de Villagran i despues a la de Olmos de Aguilera. En la orilla norte del Quepe existia un fuerte desde los primeros tiempos de la conquista, como a diez kilómetros de la actual poblacion de Nueva Imperial. Los indios rebeldes lo atacaron, lo redujeron a cenizas i mataron a los de servicio. Reconstruido sin demora, los mismos indios amigos, plegados ya a la sublevacion, lo destruyeron i esterminaron el destacamento que lo defendia.

El mes de marzo tocaba a su fin i los sitiados de Imperial contaban como con cincuenta soldados muertos i algunos centenares de indios de servicio. En tal afliccion, pidieron socorros al gobernador; pero, siendo tambien la situacion de éste bastante angustiosa, no pudo atender esta exigencia.

Habria sido oportuno un refuerzo, porque a principios de

abril apareció Anganamón con un enjambre de indios en la comarca de Boroa, situada al sur de los ríos Quepe, Cautín e Imperial hasta enfrentar al sitio en que estuvo la antigua ciudad de este nombre i hoy se encuentra el pueblo de Carahue. De la misma configuración topográfica de Maquehua, estaba también poblada por una multitud de indios, que los españoles vijilaban i sostenían desde un fuerte colocado como a diez kilómetros de la Imperial. Las hordas de Anganamón asolaron las encomiendas, destruyeron el fortín i mataron a seis hombres que lo guarnecían. Fuera de sí el capitán Valiente, salió de la ciudad con cuarenta soldados escogidos, pasó el río en balsas a reconstruir el fuerte i castigar la audacia del *toqui* agresor. Se internó sin dificultad hacia Boroa; mas el día 8 de abril, una gruesa división de araucanos le salió a presentar batalla, habiéndole previamente cerrado la retirada i destruido las embarcaciones. Valiente aceptó sin vacilar un instante la pelea, pero con tan mala suerte, que él i treinta i cinco de sus compañeros perecieron a manos de los indios; de los cinco sobrevivientes, dos pudieron llegar a Imperial i los otros tres a Villarrica.

Se aterraron los vecinos i abandonando todos sus hogares, se refugiaron en la casa episcopal, adonde condujeron la imájen milagrosa de «Nuestra Señora de las Nieves». Se entregaron aquí a ferviente misticismo para que Dios obrara algún milagro en favor de las abatidas armas de Castilla. Los indios, con todo, entraron a las casas deshabitadas i las saquearon sin inconveniente.

Mientras tanto el correjidor de Valdivia había hecho salir de esta población una pequeña partida de veintitres hombres, únicos que había logrado reunir. A las órdenes de un capitán, tomaron el camino de la costa. En las inmediaciones del río Tolten estaban reunidos los indios de esta sección de Arauco, cuya acción en la guerra no se había dejado sentir todavía. Atacáronla de improviso i la aniquilaron totalmente.

Esta desgracia obligó al nuevo correjidor de Imperial, capitán Hernando Ortiz, a renovar su pedido de un refuerzo al gobernador. Con tal objeto salieron a Concepción por el camino de Angol don Baltasar de Villagran i frai Juan de Lagunillas, quienes, corriendo el riesgo de perder la vida a cada momen-

to, llegaron al término de su viaje. Viscarra se vió precisado a negar por segunda vez auxilios que él necesitaba con la misma premura que los demas jefes.

La vorájine de la insurreccion amenazaba tambien barrer con los establecimientos españoles del este. La ciudad de Villarrica, mui floreciente por su agricultura i el comercio de tránsito al otro lado de los Andes, se hallaba sitiada por un ejército de araucanos que ponía en aprieto a sus defensores i a las familias encerradas en ella. Mandaba en esta plaza el capitan Rodrigo Bastidas, hombre de ánimo entero, que soportó con mucha fuerza de voluntad la falta de recursos i opuso una tenaz resistencia a los bárbaros que lo sitiaban, a los cuales logró rechazar en mas de un combate.

Tomaba entre tanto el levantamiento un aspecto de mayores amenazas i peligros en la rejion de las cercanias del Biobío. La poblacion de Santa Cruz, algo distante del rio, se encontraba en una posicion que su jefe, el jeneral Jufre, no reputaba estratéjica, porque habia necesidad de atender al propio tiempo a la defensa de la ciudad i de las embarcaciones que la ponian en comunicacion con el norte, lo que impedía obrar en conjunto. En vista de tal inconveniente i temiendo un descalabro, solicitó del gobernador la vénia para evacuarla. No fué categórica la respuesta de Viscarra, aunque era de parecer que se despoblara. Contradecia esta opinion Pedro Cortes Monroi, que habia regresado de un viaje al Perú.

El desalojamiento de la ciudad venia a perjudicar directamente a sus pobladores, que habian edificado ya sus modestas habitaciones i adelantado sus labores agrícolas. A fin de no causarles un desengaño desagradable, Jufre los sacó de sus hogares, el 7 de marzo, a un paraje de la ribera norte del Biobio, empleando para ello artificios i promesas de volver a ocupar el mismo sitio. Al instante cayeron sobre las casas los indios i las redujeron a escombros.

Jufre cavó fosos i levantó trincheras en su posicion recién ocupada. Era tiempo, pues los indios comarcanos, amigos i enemigos, tomaron las armas i acometieron el fuerte Jesus, situado como a tres leguas mas abajo, que solo se salvó mediante la oportuna presencia del jeneral.

Cortes partió desde Concepcion para el teatro de estos combates a la cabeza de cuarenta hombres, e hizo adelantarse a un propio para encargar a Jufre que no desocupase sus palizadas i que esperase su llegada; pero éste las abandonó, sin embargo, un dia al amanecer. «Dentro de dos horas se encontraron el dicho Pedro Cortes con el dicho Francisco Jufre i los dos tuvieron palabras i pesadumbre: Cortes dijo al dicho capitán Jufre que habia echado a perder el reino de Chile en despoblar la dicha ciudad de Santa Cruz, y que si él estuviera dentro de la dicha ciudad, que no la despoblara y que ella sustentara en nombre de S. M.; y que tambien habia sido segundo yerro y daño despoblar el dicho fuerte y no aguardarle con el dicho socorro» (1). El jeneral tomó el camino de Chillan i su contradictor se volvió a Concepcion.

El abandono de la línea del Biobio era fatal para los planes de pacificación de los españoles i amenazaba la estabilidad de las ciudades del sur. Así se dejó ver bien pronto, pues los indios activaron el asedio de Angol e hicieron su aparición en los campos circunvecinos a Concepcion. En la primera ciudad los rechazó el capitán Juan Rodulfo Lisperguer, chileno, hijo del conquistador del mismo apellido llamado Pedro, de oríjen alemán. En la segunda los derrotó el alférez real Luis de la Cueva, el 6 de abril de 1599. Al dia siguiente salieron el gobernador Viscarra i Pedro Cortes con ochenta soldados i doscientos indios amigos para el asiento de Quilacoya. Sorprendieron una junta numerosa de indios, mataron mas de un centenar de ellos i tomaron a cuarenta como prisioneros, a los cuales hicieron marcar en la cara con un hierro caliente i los dejaron como esclavos. A pesar de esto, los indios de la comarca de Concepcion destruían libre e impunemente cuanto hallaban en las estancias, i los vecinos de la ciudad, que temian un asalto, alojaban en los conventos.

El territorio araucano se encontraba destrozado i doscientos hombres habian perecido. Tanta desolacion obligaba al gobernador a insistir en términos apremiantes ante el virrei del Perú

(1) *Documentos inéditos*, tomo XXIV, pág. 256. Informacion de servicios de Pedro Cortes.

en su peticion de refuerzos. Con este encargo habia despachado en el mes de enero al capitau Luis Jufre. Nunca aquel magistrado habia sido omiso en socorrer a Chile con jente i articulos de guerra. En esta ocasion, impuesto de los últimos desastres, dictó las medidas conducentes a formar una columna auxiliar de trescientos hombres bien armados i aceptó el ofrecimiento espontáneo de don Francisco de Quiñones, correjidor de Lima, para venir al reino de gobernador i jeneral.

Quiñones, que ya tocaba en la edad de la vejez, era un anti-guo militar que habia combatido en las costas de Africa contra los piratas turcos i en las guerras de Italia i Flandes. En España se casó con la hermana de un eclesiástico llamado Toribio de Mogrovejo, canonizado mas tarde con el mismo nombre, que pasó al Perú en 1580 a servir el puesto de arzobispo. Con él se vino Quiñones, i a la sombra de su poderosa influencia, ejerció varios puestos públicos hasta llegar al de correjidor de Lima.

Quiñones se apresuró a hacer publicar un aparatoso bando en la plaza mayor de Lima el 24 de febrero de 1599, en que anunciaba la espedicion que iba a emprender i llamaba al pueblo a engancharse. Como muchas otras veces, nadie queria enrolarse en los cuadros destinados a Chile, país cuya fama de ser un matadero de soldados habia crecido con los últimos acontecimientos. Pasaron tres meses de enganche i solo concurren a alistarse ciento treinta hombres. Con ellos, doce quintales de pólvora, otros tantos de plomo, ocho de mechas para los arcabuces i cuatro piezas de artilleria con las balas necesarias, se hizo a la vela del Callao el 12 de mayo. Navegó con huracanes i tempestades que casi sepultaron en el mar sus navés; pero al fin llegó a Concepcion el 28 del mismo mes. Atribuyó Quiñones a milagro la escapada de sus buques, i cumpliendo un voto que hizo durante la navegacion, no desembarcó hasta no haber repartido entre los conventos de la ciudad la suma de trescientos pesos.

Acojieron los vecinos su llegada con mucho regocijo i lo aclamaron con entusiasmo, pues se creía que su presencia vendria a salvar un estado de cosas tan ruinoso i desesperante. Por de pronto, atendió a fortificar algunos puntos de la ciudad,

particularmente el convento de San Francisco, a sujetar a los indios de los alrededores i a recorrer el fuerte de Arauco, próximo a perderse, con un cuerpo de doscientos hombres, españoles e indijenas amigos, que envió por mar. Pudo esta fuerza saltar a tierra, entrando con embarcaciones menores por el rio Carampangue, abrirse paso por entre las turbas de araucanos armados i salvar a los defensores de la plaza.

A pesar de estas primeras ventajas, el gobernador comprendió que era empresa imposible dominar la insurreccion con tan poca jente, i, en consecuencia, solicitó del rei mil hombres para realizarla. Pero luego debian desvanecerse sus esperanzas al respecto. En setiembre llegó a Chile una real cédula en que se comunicaba el fallecimiento de Felipe II i la exaltacion al trono de su hijo Felipe III. El monarca fallecido habia dejado vacías las cajas del tesoro real, por lo que el príncipe recién coronado no hablaba en aquella pieza de socorros para las colonias, sino que les pedia al contrario recursos pecuniarios que dieran mas holgura a la monarquía (1).

La rebelion se habia propagado al norte del Biobio con los mismos horrores que en el sur. Los indios chiquillanes, que ocupaban la parte llana del actual departamento de Chillan hasta las faldas de los Andes, se manifestaban tambien inquietos. Los españoles, mandados por el yerno de Jufre, el capitán Diego Serrano Magalla, les dieron algunas batidas i sobre todo ejecutaron en ellos los terribles tormentos que en tales casos empleaban para inquirir la verdad, i que ahora solo contribuyeron a apresurar el desarrollo de los sucesos.

La guarnicion se encontraba aquí mas relajada si se quiere que las del sur, con motivo de su misma inactividad. El descuido era completo i la confianza ciega en que no seria atacada. Sin embargo, como dos mil indios comarcanos se convocaron en las inmediaciones del pueblo, i el día 9 de octubre, ántes que amaneciera, lo embistieron de repente, penetraron a su interior, recorriendo desafortadamente las calles, incendiando las casas de techos pajizos, robando, saqueando i violando con la brutalidad propia de salvajes. Los soldados, a medio armar, corrían

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo III, pág. 261.

confusos sin saber a donde ir. Por fin, algunos consiguieron asilarse en el fuerte i en la iglesia mayor, desde donde rompieron un nutrido fuego de arcabucería que atemorizó a los indios i los obligó a retirarse al aclarar el alba con un botín abundante i mas de treinta prisioneros, en su mayor número niños i mujeres. Cinco cadáveres quedaron en la poblacion, i entre los edificios consumidos por el fuego, se contaba el convento de la Merced. Esta banda devoradora siguió su obra de tala i robos en los campos cercanos a Chillan i fué a esconderse a sus madrigueras de los bosques i de los cerros. Un rudo temporal que sobrevino, favoreció su fuga e impidió que le dicra alcance el jeneral Jufre, que en la noche del asalto defendió el fortin i al dia siguiente emprendió la persecucion al mando de veinte hombres de la plaza i otros tantos que casualmente llegaron por la mañana; como contingente que se enviaba de Santiago.

El gobernador se disgustó de la conducta poco previsor de Jufre, lo depuso i reemplazó por el hábil e intrépido capitán Miguel de Silva, quien reforzó las fortificaciones, efectuó algunas correrías a las tierras enemigas i rescató a casi todas las mujeres cautivas.

En otra sorpresa nocturna que ejecutaron los indios contra la ciudad, tres meses despues, Silva los rechazó victoriosamente i les hizo mas de cien bajas. Quedó así asegurada la paz de esta comarca.

A este hecho de armas favorable a los españoles, se agregó otro no ménos halagüeño en las circunstancias por que se atravesaba: el virrei Toledo del Perú envió un refuerzo de ciento cincuenta hombres que venian al mando del capitán Jusepe de la Rivera i que llegó a Valparaiso en setiembre. En Santiago se organizó asimismo otra columna de ciento treinta hombres que fueron partiendo al sur por fracciones. Quiñones, con este aumento de sus tropas, comenzaba a creerse mas seguro i capaz de tomar la ofensiva.

Efectivamente, Pedro Cortes salió con una partida de sesenta hombres a afianzar la paz entre las tribus del Itata i a proteger a las sometidas. Hallándose en Yumbel, tuvo que librar un sangriento combate. Destacó de su fuerza un piquete de treinta jinetes a dispersar una muchedumbre de indios, de a

caballo i de a pié, que merodeaba en las cercanías. Retrocedieron los castellanos despues del primer choque, pero salió en su proteccion Cortes i acuchilló a los bárbaros por espacio de una legua i les mató como trescientos hombres (1).

Un rigor excesivo se dejó sentir en este tiempo en el castigo de los prisioneros. Quiñones mismo hizo quemar en una hoguera a unos caciques del distrito de Concepcion, sindicados de conspiradores, por no haber querido bautizarse. A los que aceptaban esta imposicion, se les ahorcaba en los árboles para hacer ménos vivo i duradero el dolor del suplicio (2).

Tantas aficciones de la colonia vinieron a complicarse con un acontecimiento extraordinario: el arribo al Pacífico de una escuadrilla holandesa. Holanda, que luchaba con España por su independendencia, organizó algunas expediciones navales con fines mercantiles, para buscar nuevos derroteros a sus naves en direccion al Asia i para hostilizar por último a las colonias españolas. Una de estas flotas, despues de infinitas penurias i accidentes, penetró al Pacífico por el estrecho de Magallanes el 3 de setiembre de 1599, en viaje a los mares del Asia. Una tempestad dispersó los cinco buques de que se componia: dos dieron la vuelta al estrecho i otro llamado *Caridad* recaló en la isla Mocha. Su jefe bajó a tierra con veintiseis hombres a tomar provisiones, pero los indios los asaltaron i los ultimaron sin escepcion de ninguno, confundiéndolos con los españoles; visto esto por los de a bordo, continuaron la navegacion hasta la isla Santa María. Otro de los navíos, el *Esperanza*, tocó el 7 de noviembre en la punta de Lavapié, al poniente de la bahía de Arauco, i su jefe Simon Cordes, que lo era de la expedicion, desembarcó acompañado de veintitres hombres i de acuerdo con los indios; mas, cuando éstos los vieron en tierra, les armaron una emboscada i los mataron a todos. El navío fué a fondear en seguida a la isla de Santa María, donde, juntamente con el otro, entró en tratos con los agentes del gobernador, consiguió proveerse de algunos víveres i se hizo a la vela de repente, hácia los archipiélagos del Asia. La nave menor de las que

(1) *Documentos inéditos*, volumen XXIV, pág. 256.

(2) BARROS ARANA, *Historia*, tomo III, pág. 271.

tripulaban los holandeses, que tenia el nombre de *Buena Nueva*, fué a rendirse a Valparaíso (1).

La presencia de los corsarios en las costas chilenas, que al principio habia causado tan grandes inquietudes, si bien es verdad que distrajo la atencion de los gobernantes i ocupó alguna jente mas útil para el ejército del sur, no alcanzó a influir en el resultado de la guerra contra los araucanos, ni a separar a Quiñones del teatro de sus principales sucesos.

Como era tradicional en esta guerra, las operaciones militares entraban a su mayor actividad al llegar la primavera i el verano. Así es que desde octubre los indios se encontraban preparados para reabrir las hostilidades. A inmediaciones de todas las ciudades sitiadas, principiaron a ejecutar sus correrías.

Un desaliento profundo se apoderó de la tropa; muchos soldados se desertaban o huían a las tribus araucanas para escapar a la desesperacion del hambre o a una muerte segura. La demoralizacion habia llegado a tal extremo, que hasta hubo un eclesiástico que se fugó al campo enemigo. El cronista i capitán González de Nájera habla de él en el siguiente pasaje: "un clérigo de misa llamado Joan Barba, que estando con los nuestros en el fuerte de la Imperial cuando estaba sitiado, se pasó a los indios de guerra con un casado llamado Jerónimo Bello; blasfemaba este apóstata clérigo de la misa y de los sacramentos, predicando a los indios contra nuestra fé, y les hacia entender que su bárbara vida era la buena y verdadera; y en estas persuaciones le ayudaba el Jerónimo Bello, al cual teniéndole en la Imperial preso la justicia por amancebado, se huyó, como dije, a los indios con su amiga, que era una mestiza. I aunque permitió Dios que despues de algunos años los indios les quitasen las vidas por delitos que cometieron tocantes a mujeres, segun se ha entendido, por ser celosísimos, lo cual harian con las crueldades que acostumbran y sus pecados merecian, con todo ello dejaron tan impuestos a los indios no solo de las falsedades que les persuadieron, pero en perseguir y castigar a los que hacian y decian cosas de oficio de cristianos" (2).

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo III, pág. 271.

(2) *Reparo de la guerra de Chile*, pág. 69.

Ademas de las indiadas que estaban sobre las armas, las tribus de los *guityliches*, jente del sur, i los *cuncos*, que habitaban entre Valdivia i Chiloé, se habian alzado tambien i amenazaban esta última ciudad. El capitán Gomez Romera, jefe de la guarnicion, salió a combatirlos en algunas correrías afortunadas, despues de las cuales, creyendo que el peligro habia pasado, se encerró en la poblacion i descuidó las medidas mas elementales de seguridad. Los españoles desertores Jerónimo Bello, el clérigo Barba i Juan Sánchez, notaron el descuido e indujeron a los indios de los distritos de la Imperial i Puren a dar un asalto de sorpresa. Pelantaro, el caudillo que habia hecho tan temible su nombre como los de Lautaro i Caupolican en otro tiempo, arrastró hasta Valdivia una multitud de bárbaros que fué aumentando por el camino i que al llegar a la ciudad alcanzaba a cerca de cuatro mil combatientes, divididos en infantes i jinetes.

Acercáronse al pueblo sin que lo advirtieran sus habitantes, rodearon los suburbios al amanecer del día 24 de noviembre de 1599 e inopinadamente penetraron a las calles por distintos puntos i con un estruendo aterrador de voces i de cuernos. Todos los moradores cayeron como cojidos en una red, i sin distincion de sexo ni de edad, perecieron como cien de ellos a manos de las hordas salvajes de Pelantaro. El fuego consumió las casas i los templos. Los despojos del saqueo fueron inmensos i se veian en poder de algunos indios vituallas, caballos, armas, vestidos, joyas i vajillas i de otros las imágenes, los vasos i los ornamentos sagrados, lo que ofendia sobremanera la exaltada devocion del español por los objetos del culto. Bastaron dos horas de violacion i pillaje para que la ciudad quedara completamente destruida.

Trescientos vecinos cayeron prisioneros i solo unos pocos lograron refugiarse en tres buques mercantes que habia anclados en el rio, impotentes por lo demas para socorrer a las víctimas de aquella matanza.

Catástrofe igual no se habia presenciado en Chile desde su descubrimiento.

Pelantaro i su ejército, aumentado en mas de mil guerreros despues de esta victoria, tomaron el camino de Osorno, conven-

cidos de que iban a un triunfo tan fácil como el anterior; no sabían que ahí los esperaba uno de los militares de mayor pericia de los tercios castellanos, el coronel Francisco del Campo.

Hallábase este jefe desempeñando una comision en Panamá cuando supo el alzamiento de los araucaos i la muerte de Oñez de Loyola. Con toda premura regresó al Perú para seguir viaje a Chile, pues habia dejado en Valdivia a su esposa e hijos. En Lima lo comisionó el virrei Velasco para que trajese un contingente de doscientos ochenta hombres que apresuradamente habia reunido. El 5 de diciembre fundearon los buques que conducian este refuerzo en el rio de Valdivia, ciudad donde el coronel solo halló escombros. En una de las embarcaciones fondeadas aun en el rio, encontró a su mujer; supo entónces los pormenores de la catástrofe i se decidió a tomar las represalias. Antes de abrir las operaciones contra los indios, entró en trato con los comarcancs i obtuvo de ellos en rescate a dos de sus hijos que habian caido cautivos i varios españoles.

Tropezó desde el primer momento con el gravísimo inconveniente de no hallar caballos para su columna, que no los traía. La pérdida de horas podia causar la ruina de Osorno; corriendo grandes peligros, del Campo salió de a pié con sus soldados, recorrió difíciles caminos i ejecutó largos rodeos para ocultar a los bárbaros su marcha. Logró al fin penetrar a la ciudad. Era tiempo, pues los indios llegaron a continuacion i atacaron una noche el pueblo sin alcanzar otro resultado que el incendio del convento de San Francisco. El coronel los rechazó con los cuatrocientos hombres que habia reunido en la poblacion. Practicó en seguida algunas campeadas a las tierras de los sublevados para introducir el pánico entre ellos i regresó a Valdivia con una parte de su tropa a desembarcar los pertrechos de guerra enviados del Perú.

Miéntrás que se ocupaba en este trabajo, se acercaron a Osorno como cinco mil indios i al amanecer del dia 19 de enero de 1600 cayeron sobre ella por distintos puntos con su feroz i peculiar gritería. Los soldados i el vecindario se recojian en la noche al fuerte de la plaza i las casas quedaban solas, circunstancia que permitió a los bárbaros entregar a las llamas

con toda facilidad los edificios i los templos. Cuando no quedaron habitaciones ni iglesias en pié, pusieron cerco a la fortaleza, a la cual se aproximaron protegidos por mantas o parapetos portátiles que los desertores les habian enseñado a fabricar.

Desesperada era la situacion de los de Osorno cuando se presentó por la retaguardia de los indios el coronel. A su presencia, huyeron por grupos en diversas direcciones. Libre de enemigos, del Campo se dedicó a reparar los estragos del incendio i a disponer las medidas necesarias para socorrer a Villarrica i reconstruir a Valdivia.

Las demas plazas militares permanecian estrechamente sitiadas por los araucanos. Las que mas espuestas estaban a sucumbir eran Imperial, Villarrica i Angol. Arauco recibia por mar los socorros que se le enviaban desde Concepcion.

Desde los fracasos de 1599, los sitiados de la Imperial venian sufriendo toda clase de penalidades, entre las cuales figuraba como la principal, la escasez de víverez, es decir, el hambre. Vivian en una condicion desesperante, pero no por eso la guaruicion i el jefe de la ciudad perdian la entereza para sostenerse hasta el último trance.

Hernando de Ortiz quiso prepararse para resistir los ataques de los bárbaros durante la primavera que se acercaba, pues la actividad que desplegaron en el verano fué relativa. Para esto tenia que principiarse por comunicarse por mar con el gobernador, i al efecto construyó una pequeña embarcacion con la madera que consiguió reunir en el interior del pueblo. A falta de un piloto que la manejara, se hizo cargo de ella un jóven animoso llamado Pedro de Escobar Ibacache, que nunca habia andado en tales empresas. Tripulándola con nueve hombres, bajó por el rio Imperial, salvó la barra i llegó sin novedad a Concepcion en los últimos dias del mes de octubre.

El gobernador se impuso de lo que sucedia i despachó sin dilacion para la Imperial un buque con algunos hombres i bastimentos. Iba a cargo de este pequeño socorro el mismo capitan Escobar Ibacache, quien, no pudiendo pasar la barra del rio, se dirigió a Valdivia, con el propósito de llegar a la ciudad sitiada por el camino de la costa. Gran sorpresa esperimentó cuando

en lugar de la floreciente poblacion halló un monton de escombros i cadáveres. Como sus proyectos habian fallado por su base i nada podia hacer como militar, se dedicó a cumplir con los deberes de buen cristiano: bajó a tierra con dos frailes a rezar por los muertos i a sepultarlos. Atacado por los indios, que habian entrado en arreglos con él para dar libertad a varios cautivos, regresó a Concepcion con la noticia de la destruccion de Valdivia.

Los defensores de la Imperial quedaban así entregados a sus solos i exiguos recursos. En medio de tantas privaciones i desgracias, buscaban su consuelo en la relijion i pedian a la Vírjen fuerzas físicas para combatir i ánimo para vencer el temor. La crónica relijiosa consigna los muchos milagros con que los favoreció la imájen de «Nuestra Señora de las Nieves», los cuales, mas que nada, pintan la fé candorosa e infantil de los españoles de esa época.

Llegó un dia en que el agua se agotó por completo; la jente estaba a punto de perecer de sed. Sacaron entónces la imájen en procesion, cantando las letanías i entre el llanto i los clamores de las mujeres, la pusieron sobre un pozo seco i le pidieron el elemento tan indispensable a la vida. Un arroyo saltó del interior del suelo ante el pueblo atónito, que se prosternó a besar la tierra en agradecimiento de la maravilla que se habia operado en su obsequio. En esta misma ocasion, para completar el milagro i satisfacer la doble necesidad del vecindario, la efijie de las Nieves hizo llover sobre la poblacion una inmensidad de aves que sirvieron de alimento durante algun tiempo (1).

Tratábase otra vez de arreglar una embarcacion menor para pedir al gobernador algun^o auxilio. Se tropezó para concluirla con la falta de breá. Se recurrió en esta dificultad a la imájen. Un vecino se acordó que tenia en un subterráneo dos cueros de vino i fué a buscar la breá con que estaban arreglados, para agregarla a la que ya se habia obtenido de otros: «todo el vino se habia convertido en pez, con que^o pudieron acabar su barca» (2).

(1) ALONSO DE OVALLE, *Histórica relacion*, páj. 315.

(2) » » » » páj. 317.

Cuando los grupos que salían fuera de la ciudad se veían envueltos por los indios, hacían votos de ir descalzos al santuario de la Vírgen, i ésta les concedía la victoria.

No fueron éstos los únicos portentos con que la protección divina se manifestó por intermedio de la imájen. En ocasiones se aparecía a los indios que marchaban al ataque i les ordenaba que se retirasen (1).

Un oportuno auxilio de tropas que enviaba el virrei del Perú vino a mejorar un tanto la condicion de las ciudades australes. Este funcionario habia armado en guerra dos naves para combatir a los corsarios holandeses i embarcado en ellas mas de doscientos hombres. Puso la expedicion a las órdenes de don Gabriel de Castilla, conecedor de Chile. Zarpó la flotilla del Callao el 1.º de enero de 1600 i tomando rumbo al sur llegó a Concepcion el 14 de febrero. Como ya no habia corsarios con quienes combatir, esta fuerza se dedicó inmediatamente a la defensa de las poblaciones sitiadas.

Con este refuerzo el ejército del sur ascendió a cuatrocientos diez hombres, sin contar las guarniciones de algunas ciudades. Esta tropa, insuficiente en circunstancias normales, era sin embargo ahora de incalculable importancia para las atribuladas poblaciones que cercaban las hordas de bravíos salvajes.

Quiñones, que habia deseado ardientemente salvarlas, hizo los aprestos necesarios para abrir las operaciones. Despues de hacer confesarse i comulgar a la division expedicionaria, emprendió la marcha en los postreros dias del mes de febrero. Sin obstáculos de ningun jénero, llegó hasta la márjen del Laja, cerca de su confluencia con el Biobio, lo atravesó en un vado mui ámplio i fué a sentar su campamento en el lugar que hoi lleva el nombre de Rinconada. Por un español que se habia fugado de entre los indios, supo que éstos lo estaban esperando cerca de ahí en número de algunos miles.

Resolvió no pasar adelante i esperar en sus posiciones a los bárbaros, en su mayor parte de los belicosos coyuncos o coyunches. (De *cuyúmche*, habitantes de los arenales). Tres dias aguardaron los indios el ataque de los españoles en su atón-

(1) ALONSO DE OVALLE, *Histórica relacion*, páj. 321.

cheramiento vecino, colocado en un sitio pantanoso i cubierto con algunas lagunillas. Tomando la inmovilidad de sus enemigos por miedo o impotencia, asomáronse por último a las alturas inmediatas. El gobernador los sacó a un terreno mas estendido i despejado por medio de una finjida retirada, i con todas sus tropas dió una vigorosa e irresistible acometida que concluyó con la dispersion del ejército araucano i la muerte de quinientos de sus guerreros. Los españoles solamente tuvieron un hombre muerto i varios heridos.

Esta victoria le permitió llegar libremente a Angol, poblacion que con el triunfo de las orillas del Laja habia quedado mas desembarazada de sus sitiadores. Prosiguió su marcha triunfal hasta las cercanías de las tribus de Puren, orijen i núcleo de la sublevacion que tan amenazante continuaba para las armas castellanas. Dirigidos por los desertores i particularmente por el clérigo Barba, saliéronle al encuentro los porfiados pureninos i le presentaron batalla, que el gobernador ganó con facilidad mediante el empuje simultáneo de todos sus tercios. Esta segunda victoria le abrió el camino hasta la Imperial, a cuyas inmediaciones, como a una lengua de distancia, armó los toldos del real.

Pocos dias mas i la ciudad habria sucumbido de hambre i estenuacion. La miseria a que estaban reducidos los habitantes i la guarnicion tocaba en efecto a sus últimos extremos. Cuando se concluyeron los víveres, los sitiados «hubieron de apelar a los animales domésticos, a los caballos, perros i gatos mientras duraron, que en acabándose, se sustentaron algún tiempo con cueros de vaca, para lo cual no dejaban látigos, ni aforros de cajas: hasta de las corazas i adargas se valian para poder vivir; pero nada bastaba para tan largo tiempo i tan horrible hambre como la que se padecía: llegaron a comer cosas indignas de referirse, con que estaba ya la jente tan flaca i consumida que parecian retratos de la muerte» (1). Los soldados i los vecinos andaban casi desnudos vestidos con miserables andrajos. Llegó un momento en que el agua se agotó i en que los sitiados tenían que ir a buscarla afuera, donde caian a veces en poder de

(1) OVALLE, *Histórica relacion*, tomo II, pág. 80.

los indios. En otras ocasiones salian «arriesgando sus vidas por traer algunas yerbas i raices del campo para que no acabasen de perecer sus hijos i mujeres, i aunque muchas veces volvian con este socorro, si bien a costa de lanzadas i manifiestos peligros, otras se quedaban pagándolo con la vida.»

Impaciente el correjidor Hernando Ortiz por obtener socorros, se decidió a romper la línea del ejército araucano i llegar hasta Angol. Rodeóse de unos cuantos soldados tan intrépidos como él i se lanzó fuera del pueblo; pero, por desgracia, con tan mala suerte, que los indios lo cojieron i lo despedazaron, juntamente con sus compañeros, delante de los habitantes que presenciaban el lance.

Tomó el mando el capitán Francisco Galdámes de la Vega, quien, con una indomable enerjía, llevó a cabo algunas salidas al campo de sus arrogantes i terribles enemigos. En una de estas temerarias aventuras se vió rodeado de araucanos, i solo se salvó por la intervencion de la vírjen de las Nieves, segun cuenta el historiador jesuita que consigna los favores del milagroso busto (1).

Hasta las mujeres se hallaban poseidas de esta resignacion heroica de morir ántes que rendirse, i como los hombres, trabajaban o combatian en los baluartes de las fortificaciones, sobresaliendo por su actividad i espíritu varonil doña Ines de Córdoba de Aguilera, de ilustre familia de conquistadores. Influa en estos rasgos de valor espartano la pasion dominante del español: la idea relijiosa. Las mujeres temian quedar cautivas de los indios no ménos por la pérdida de su honor como por el peligro que corria su fé de católicas, principalmente para sus hijos.

Tal era el estado insostenible de la Imperial cuando Quiñones llegó a sus cercanías. Cerciorado de él, se acentuó en su ánimo la resolucion que traia de hacer despoblar la ciudad. Para evitar responsabilidades i cargos futuros, no quiso tomar esta medida sin rodearla ántes de cierta apariencia de legalidad, de que se valia en estos casos el formulismo español. Ordenó al cabildo que celebrara una junta jeneral i consultara la opinion

(1) OVALLE, *Histórica relacion*, tomo I, páj. 318.

de los sacerdotes, vecinos i soldados acerca de si convenia o nó despoblar la ciudad. El parecer unánime de los concurrentes estuvo por la evacuacion inmediata, con tal que despues, cuando los recursos lo permitieran, se reedificase la poblacion. No bastó esto a Quiñones; hizo certificar que en los campos de los alrededores no habia siembras para el sustento de los habitantes e informar a sus oficiales de la conveniencia militar de abandonar la plaza.

Dispuso, por último, que el pueblo, sin distinción de sexo, se reuniera en asamblea pública i deliberase sobre lo que mas le convenia. Por unanimidad otra vez i en los términos lastimeros que siguen, se acordó pedir al gobernador la despoblacion: "Por amor de Nuestro Señor Jesucristo, de rodillas i vertiendo lágrimas i dando voces al cielo, le suplican (al gobernador) se adolezca dellos i de tantas viudas, huérfanos, doncellas pobres i niños inocentes como en el dicho fuerte hai i los saque de él sin dejar a nadie i lleve en su campo i compañía donde i para el efecto que tuviere a bien." Cuando de este modo creyó a salvo su responsabilidad, entró a la medio arruinada Imperial, el 4 de abril (1).

El hambre i las enfermedades habian reducido la poblacion a cerca de sesenta habitantes, sin contar la guarnicion. De ciento i tantos soldados que hubo en la ciudad para su defensa, apenas habian dejado veintiseis las penurias i los combates del sitio.

Todos se aprestaron para retirarse de estos lugares de tan tristes recuerdos. Ataron los pocos objetos que podian trasportar o que necesitaban para el viaje i escondieron los demas en hoyos del interior de las casas, con la esperanza de recuperarlos cuando volvieran (2).

El gobernador mandó que se ocultasen las campanas, los cañones i otras cosas que por su tamaño era imposible llevar. No así lo que pertenecia al servicio del culto, como los ornamen-

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo III, pág. 298.

(2) Existen hasta hoy tradiciones de entierros de dinero, vajillas i alhajas en el pueblo de Carahue, asiento de la antigua Imperial. En realidad, muchas personas han encontrado piezas de plata sobre todo.

tos, los vasos sagrados i las imágenes, que se encargaron de hacer conducir los frailes.

Ningun indio se divisaba cerca de la poblacion; o andaban en sus cosechas o no se atrevían a presentar combate al numeroso ejército de Quiñones. Hubiera querido éste socorrer a Villarrica, pero confiaba en que lo haria el coronel del Campo. Dió, pues, la órden de partida el 5 de abril de 1600. Pobladores i militares tomaron a paso lento el camino de las faldas orientales de Nahuelvuta; atravesaron las reducciones de Pilolcura, un poco al norte de la poblacion abandonada, las de Repocura i aun las de Lumaco i Puren, sin hallar una sola partida de araucanos que les saliera de al frente o les picara la retaguardia. El 13 de abril penetraban a Angol.

Repitió en esta ciudad el gobernador trámites semejantes a los de Imperial i determinó que tambien se despoblara. Prévia ocultacion de los objetos de difícil trasporte i el conveniente arreglo de los que tenían las iglesias, el 18 de abril salía del pueblo, por el camino de Concepcion, una larga hilera de fuji-tivos, hombres, mujeres, niños i frailes, que, de a pié i de a caballo, iban resguardados de atras por el ejército.

Tan pronto como los indios comarcanos vieron despoblarse las ciudades de Imperial i Angol, impacientes de hallar el botin tan deseado, cayeron en bandadas sobre ellas, saquearon todo lo que les servia i entregaron al fuego lo demas, sin exceptuar un solo edificio.

Miéntas tanto Villarrica i Osorno quedaban en una condicion estremadamente afflictiva. Podia haberlas salvado el coronel del Campo; pero una nueva aparicion de los corsarios holandeses, desbaratando los planes de este jefe, vino a dejarlas sin proteccion i espuestas a los embates de las hordas furiosas que las rodeaban.

Efectivamente, el 29 de febrero de 1600 salia del estrecho al océano Pacifico una escuadrilla de tres buques, tripulados con ciento cuarenta i siete hombres. La mandaba un destrísimo marino llamado Oliverio Van Noort i habia sido organizada en número de cuatro embarcaciones, por una compañía de negociantes de Roterdan.

En la navegacion por las costas de Chile que emprendieron

las tres naves, empujadas por un viento sur favorable, desapareció una de ellas i las otras dos fueron a fondear a la isla de Santa María. Un buque menor que había aquí, huyó a toda vela al divisarlas; mas, perseguido con empeño durante dos días, cayó al fin en poder de los holandeses. Tenía el nombre de *El Buen Jesus* i estaba destinado al trasporte de granos i cecinas. Van Noort avanzó hasta Valparaíso, adonde llegó el 28 de marzo. Cuatro embarcaciones mercantes había ancladas en la bahía. El marino holandés ordenó abordarlas con dos chalupas tripuladas por mosqueteros: una se varó en la playa i las otras tres las tomaron los corsarios a sangre i fuego; un navio denominado *Los Picos*, se agregó a la escuadra i los otros dos se destruyeron por el fuego. Despues de este triunfo, recorrió las costas del norte de Chile e hizo rumbo en seguida hácia los mares del Asia, donde continuó sus aventuras i peleas con los buques españoles (1).

La aparición de los corsarios causaba en la colonia una inquietud tal de miedo i asombro, que todo el orden regular de las cosas se trastornaba: cambiábanse las guarniciones a los puertos, se vijilaban las costas, se detenía el comercio por el apresamiento de buques mercantes i sobre todo se perdía de vista el peligro mas inmediato de la guerra de Arauco.

Así pues, con el arribo a la isla de Chiloé de otra nave holandesa, el coronel del Campo se vió forzado a desamparar la rejion austral del territorio sublevado para rechazar a estos invasores protestantes, mas aborrecidos que los mismos indios i comprendidos en la denominacion jenérica de "ingleses."

Las tempestades i vientos del norte obligaron en 1599 a retroceder al estrecho a uno de los buques de que se componía la escuadrilla de Simon de Cordes, llamado *La Fidelidad* i con una tripulacion como de cincuenta hombres. Dirijíalo Baltazar de Cordes, hermano del anterior, a quien secundaba un capitan orijinario tambien de Holanda, llamado Antonio Antoine i por sus compañeros con el apodo de "el negro". Repuesto de sus averías este buque, otra vez cruzó las olas del Pacífico, penetró

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo III, páj. 305.

al canal de Chacao i fué a fondear a Carelmapu, en marzo de 1600.

Los indios de esta comarca lo recibieron como amigo i le suministraron provisiones en abundancia, en cambio de otros objetos. Cordes obtuvo aquí mismo informes minuciosos de la ciudad de Castro, de su falta de guarnicion i otros pormenores referentes a su inseguridad. Con tales noticias, torció la proa de su buque en direccion a ese pueblo, en cuya abra largaba anclas a mediados de abril.

Los indios, pacíficos desde la conquista, estaban ahora de acuerdo con los holandeses i a su arribo se sublevaron. Con esta doble amenaza, sin soldados ni elementos bélicos, los vecinos tuvieron que entregar la ciudad, en la que algunos se quedaron i otros la abandonaron para ocultarse en los bosques vecinos. El piloto holandés entró a ella con su diminuta hueste i pasó a cuchillo a muchas personas, robó las casas i profanó los templos, de cuyas imájenes su jente hizo sarcástica mofa. La guerra de independendia de Holanda i las crueldades perpetradas por el ejército español, habian enjendrado un odio profundo en los holandeses contra sus antiguos dominadores.

Dueños de Castro, Cordes i "el negro", reforzaron su tropa, iniciaron trabajos de fortificacion, pusieron en tierra su artillería i distribuyeron armas entre los seiscientos i tantos indios que se les juntaron como aliados.

Por un capitán que regresaba de una escursion a la rejion austral, supo en Osorno, a fines de marzo, el coronel don Francisco del Campo la presencia de los corsarios en Carelmapu. Sin perder un momento, despachó en observacion al capitán Cristóbal de Robles con sesenta hombres. Pronto recibió por emisarios de este oficial noticias que confirmaban las primeras.

Desde ese instante del Campo no pensó sino en arrojar de Chiloé a los corsarios: no lo detuvieron en su propósito ni los rigores de una estacion cruda, mediados de abril; ni la dificultad de los caminos, ni la idea de dejar a merced de los indios sublevados los campos i las ciudades de Villarrica i Osorno. Se puso en marcha con cerca de ciento cincuenta hombres, atravesó el canal en piraguas que reunió de antemano i abordó

la isla grande. Obtuvo datos exactos de los indios acerca de cuanto habia pasado en Castro i siguió su viaje por la costa oriental de Chiloé, en medio de trabajos i dificultades innumerables, hasta llegar a sentar su campamento a dos leguas de la poblacion. Reuniéronse aquí el capitan Luis Pérez de Vargas i veinticinco vecinos armados, que habian conseguido salir de Castro i ocultarse en los bosques.

Los holandeses sabian que los españoles se hallaban en la isla, pero suponian que sin buques no podrian moverse del norte. Apesar de todo, el coronel del Campo movió su jente i, por medio de hábiles i ocultas maniobras, un día del mes de mayo, al rayar el alba, rodeó la ciudad i repentinamente la atacó por distintos puntos. Los holandeses bien pronto se repusieron de la sorpresa i, ocupando sus puertos fortificados, rompieron el fuego contra los asaltantes, de los cuales mataron diez e hirieron doce. Mas, éstos seguian peleando con su valor peculiar, estimulados esta vez por la calidad del enemigo que tenian al frente. A su turno derribaron a veinte holandeses i dispersaron a los indios sus aliados. Cordes i «el negro» sostuvieron aun el ataque en el fuerte, donde los estrecharon los españoles i los hicieron huir hasta la playa; de aquí ganaron el buque solo con doce hombres. Dejaban en el campo de la pelea veintiseis cadáveres; ningun prisionero de su nacionalidad serviria de víctima a la venganza de sus vencedores.

Cordes huyó por los canales hácia el norte, al tercer día del combate i despues de haber rehusado rendirse; a poca distancia seguian sus aguas las pequeñas embarcaciones del coronel. En un sitio peligroso encalló su nave; se creyó perdido, i los españoles se aproximaron, pero la alta marea la puso a flote. Continuó su navegacion i el 4 de junio salia al océano i tomaba rumbo al fin hácia las Molucas (1).

A falta de holandeses, los españoles se vengaron en los indios que habian ayudado a los primeros. Terrible fué esa venganza: cuando del Campo llegó al norte de la isla, apresó a dieciocho caciques comprometidos, los hizo encerrar en una choza de paja i quemar vivos, jénero atroz de suplicio que, como se

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo III, páj. 318.

recordará, ya habían aplicado los jefes castellanos. Ordenó enseguida al capitán Pérez de Vargas, designado por él correjidor de Castro, que ahorcase a treinta i tantos cabecillas indijenas de esa jurisdiccion; lo que el subalterno cumplió estrictamente.

Cuando con estos castigos terminó su feliz campaña, volvió a Osorno, pero él i su tropa venian hastiados i enfermos con tanto sufrir. Desde su lecho dirijia, sin embargo, las campeadas de sus tropas, notablemente disminuidas con la expedicion i combate de Castro.

El gobernador Quiñones sostenia mientras tanto a los indios desde Concepcion, i su hijo Antonio de Quiñones con Pedro Cortes, los sujetaban por el lado del rio Itata. En un avance que los bárbaros hicieron hasta la márjen derecha del Biobio, les salió el gobernador al encuentro, los empujó a la ribera opuesta i aun los persiguió hasta cierta distancia. Lo sorprendió en esta jornada una lluvia copiosa que le causó una parálisis en un lado del cuerpo. Así postrado tuvo que manejar los negocios de la guerra i los administrativos, complicados los últimos con la afluencia de la jente emigrada del sur a Concepcion.

Los defensores del fuerte de Arauco no estaban ménos espuestos que los de Osorno i Villarrica a perecer de hambre o a caer en manos de los indios que los rodeaban. Quiñones en medio de sus múltiples afanes pensó en socorrerlos por mar con algunos víveres i unos pocos soldados, que entregó al capitán Juan Martínez de Leiva; pero el barco que los conducia, arrastrado por vientos tempestuosos del norte, fué a encallar a la punta de Lavapié, que cierra por el suroeste la ensenada de Arauco, donde los indios asaltaron como a treinta náufragos, mataron a unos i se apoderaron de los demas.

Crecieron la soberbia de los araucanos con este fracaso i el temor del vecindario de Concepcion, temor que se extendió hasta Santiago mismo. Los numerosos fujitivos del sur habían llevado hasta allí la alarma. Una partida de cuarenta i cuatro soldados portugueses que había mandado con el capitán don Francisco Rodríguez del Manzano i Ovalle el gobernador del Rio de la Plata, don Diego Rodríguez de Valdes i de la

Banda, aumentaban todavía mas el sobresalto de los habitantes de la ciudad; porque, disgustados de la pobreza del país i temerosos de entrar en pelea con los araucanos, pretendian regresar al otro lado de los Andes i arrastrar en su desercion a otros soldados españoles. El jeneral don Miguel de Silva, que gobernaba en Santiago como correjidor, era impotente para reprimir estas intentonas subversivas.

Por fortuna, el 29 de julio de 1600 entraban al puerto de Valparaiso dos navas que navegaban desde el Callao. Una de ellas traía al gobernador que debía reemplazar a Quiñones. Era el probado militar de las guerras de Arauco don Alonso García Ramon.

Don Francisco de Quiñones habia conocido que no era el hombre llamado a dominar la situacion, tanto por su edad avanzada cuanto por la carencia de recursos. Solicitó, pues, del rei que lo relevara del mando en la persona de un militar jóven, que a la práctica de la profesion uniera la intelijencia i las dotes de un jeneral distinguido. Al virrei del Perú habia escrito asimismo en el sentido de que le nombrara sucesor.

Algunas personas de Chile habian escrito tambien a este majistrado recomendándole a García Ramon como el mas capaz de sofocar la sublevacion de los araucanos, tanto por su notoria esperiència en esta guerra como por sus cualidades particulares de jefe meritorio. Lo que podria llamarse la opinion pública de la colonia, coincidía con la del virrei, que era todavía don Luis de Velasco. Mas que una simple buena opinion, éste dispensaba a García Ramon toda su confianza en asuntos militares, los que dirijia desde 1599 en calidad de maestro de campo jeneral del Perú. Encargóle, pues, el gobierno interino de Chile.

Por el momento Velasco no podia poner a sus órdenes ninguna division auxiliar, como era de necesidad; únicamente le entregó dos buques cargados con bastimentos i artículos para vestuario del ejército. No lo desanimó esta falta de refuerzo, i en junio tomó rumbo hácia Valparaiso, adonde arribó a los cuarenta i siete dias de navegacion para trasladarse inmediatamente a Santiago.

En realidad, era García Ramon un jefe que poseía una hoja

de brillantes servicios. A los dieciseis años de edad abrazó en su patria la carrera de las armas: habia peleado contra los moros sublevados de Granada i asistido a la jornada de Navarino, a la de Kerkeni en Túnez i a las campañas de Flandes bajo el mando de Alejandro Farnesio. Así pues, cuando vino a continuar su carrera en las temidas i célebres guerras de Chile al lado de Sotomayor, su nombre era ya bastante conocido.

El gobernador recién llegado no se preocupó en desacreditar o perseguir a su antecesor, como sucedia comunmente en el cambio de estos funcionarios. Segun instrucciones que traia del virrei, le dió facilidades para que volviese al Perú, donde murió víctima de la enfermedad contraida en Arauco i afanado hasta sus últimos dias en recojer documentos que probaran sus servicios i lo justificaran de los cargos que le hacian los de Chile.

García Ramon encontró los negocios de la guerra en un estado que no se imaginaba: cerca de seiscientos españoles muertos, el erario real exhausto, algunas ciudades destruidas i otras amenazadas, los soldados mohinos i desabridos, los indios osados i numerosos. Pero un militar de sus antecedentes no podia desanimarse ante las dificultades que encontraba a su paso; tenia que vencerlas. Levantó el espíritu del ejército infundiéndole valor i atendiendo a las necesidades materiales de la tropa, decretó "derrainas," para los vecinos de Santiago, levantó empréstitos por medio de libranzas contra el tesoro real, sacó de los pueblos o centros de indígenas del norte caballos, vacas i carneros i a los mismos españoles los compelió de grado o por fuerza a que le suministraran armas, sillas i animales.

Aunque supo que el rei habia nombrado de gobernador propietario a un don Alonso de Ribera, enteramente desconocido en Chile, disimuló su disgusto por esta postergacion i siguió ocupándose en los detalles de la defensa del sur, i hasta adelantó al Perú algunos informes al sucesor que se le acababa de anunciar.

Los cabildos de Santiago, la Serena, Concepcion i Chillan habian enviado por su parte al provincial de los agustinos, frai Juan de Bascones, con la mision de representarlos en España ante el rei i pedirle socorro de tropas peninsulares, que

creara un virreinato i nombrara autoridad suprema de él a don Alonso de Sotomayor i en su defecto a García Ramon.

Cuando estaba por terminar el mes de noviembre de 1600, el gobernador interino habia reunido una division de cuatrocientos hombres mas o ménos bien armados. A la cabeza de esta fuerza partió al sur. A principios del mes i año siguientes llegó a Chillan, detúvose aquí para hacer una correría a los indios del este de esta comarca. Ocupado en esta campaña andaba cuando supo que en Quinel, al sur del río Itata, se reunian los indios en cantidad que ascendia a cuatro mil con el objeto de invadir la rejion del norte hasta el Maule i mover a sus compatriotas en favor de la sublevacion, que tan próxima estaba en el sur a concluir con todos los depredadores de las tierras araucanas.

TOMAS GUEVARA

(Continuará)

